

ABULIAS

Muchas veces la causa de la falta de éxito en nuestras empresas es única y podemos atribuirla al debilitamiento de la voluntad, á ese horror por el esfuerzo constante. Con los nombres de pasividad, disipación y otros, designamos ese fondo de pereza universal que es á la naturaleza humana lo que á la materia el peso.

Las pasiones son por su misma naturaleza, transitorias, duran menos cuanto más violentas son, salvo los rarísimos casos en que llegan á una fijeza y á una fuerza que concluyen en la alienación. Sin embargo, no podemos considerarlas como un obstáculo para la continuidad del esfuerzo, debido á su intermitencia; hay tiempo en los intervalos de sus accesos para una gran suma de trabajo. Debemos considerar como obstáculos, ciertos estados de acción constante como la molicie, la apatía, la pereza, la desidia, etc. Para luchar contra este estado natural es necesario renovar frecuentes esfuerzos y aún así, es difícil la victoria en muchos casos. El esfuerzo continuado durante largo tiempo, no es aceptado por el hombre sino bajo la presión de la necesidad; así debemos creer que ese estado de apatía es natural y fundamental. Ribot dice que á cuantos viajeros ha interrogado, todos han declarado que en los pueblos no civilizados se constata la incapacidad absoluta de todo esfuerzo perseverante. Con tal motivo recuerda á los pieles rojas que prefieren dejarse exterminar antes que ensayar un trabajo que les proporcionaría una existencia cómoda.

Y sin buscar tan lejos los ejemplos ¿no sabemos acaso nosotros con qué lentitud se dedica el niño al trabajo regular y no sólo el niño sino también el adolescente? En los Colegios Nacionales y aún en las Universidades se puede constatar que muchos estudiantes no hacen sino el mínimum de esfuerzo para pasar en los exámenes, porque consideran, al esfuerzo personal, esfuerzo de reflexión, demasiado penoso.

En nuestro país, como en todos los países, se trata de pasar en los exámenes con simples esfuerzos de memoria, aún cuando el ideal no sea muy elevado. Dejando á los estudiantes, podemos observar individuos cuya única aspiración es conseguir un puesto como empleado, mal remunerado, poco considerado, sin

porvenir, sin horizontes, donde el hombre envejece en un círculo al que asiste diariamente en la pequeñez de una ocupación casi estéril á la decadencia y embotamiento gradual de sus facultades; pero donde experimenta un gozo inefable al no tener que pensar, ni querer, ni obrar. Una reglamentación de tutelaje imprime á su actividad el movimiento de un reloj y lo exonera del horror fatigoso de pensar, en una palabra, de vivir. Sin embargo, no podemos referir esta observación exclusivamente al empleado; para poner á flote la personalidad ó esta energía vigorosa, no es suficiente cualquier oficio ó carrera por elevada que sea.

Generalmente en los primeros años se le dedica los más grandes esfuerzos, se despliega una gran actividad. Pero poco á poco la ocupación se hace automática, ya no se encuentran nuevas combinaciones, no hay que vencer obstáculos y van disminuyendo como consecuencia, los esfuerzos de reflexión. Tanto el médico como el profesor, como el abogado, no tienen en su oficio á los pocos años ninguna dificultad, ningún asunto que exija la actividad de sus facultades; realizan sus funciones por hábito.

Esta disminución de esfuerzo produce el debilitamiento del espíritu que aumenta de año en año, se pierde algo la atención y el vigor del razonamiento. Para que las facultades conserven todo el vigor, es necesario tener otro orden de preocupaciones intelectuales, al mismo tiempo que se desempeña una profesión. Pero dejaré á un lado estas consideraciones para entrar de lleno al asunto.

La abulia, propiamente dicha, es considerada por algunos autores como una parálisis psíquica, más ó menos acentuada, cuya característica principal es la imposibilidad de tomar una determinación y una vez tomada, de pasar á su ejecución; en otros términos, puede decirse que es el aniquilamiento más ó menos completo de la facultad de querer. El abúlico sufre por su estado, lo deplora, busca su cura y pide á los médicos, á las personas que lo rodean un apoyo moral, una dirección que no encuentra en sí mismo. Esta disminución del poder director es progresiva y termina finalmente en la imposibilidad del esfuerzo de la inteligencia. En el período inicial de ciertas enfermedades del cerebro, el enfermo se queja de incapacidad para gobernar y dirigir la facultad de la atención. Nota que le es imposible ejecutar su trabajo mental acostumbrado, sin un esfuerzo penoso.

Este esfuerzo si es sostenido trae la confusión del espíritu y produce una sensación física de laxitud cerebral y de cefalalgia. Sin embargo, ciertos abúlicos y especialmente los histéricos, no parece que desean recobrar su voluntad desaparecida; es necesario algunas veces someterlos á una disciplina severa. El abúlico es á menudo un obsesionado y un escéptico y siempre un enfermo.

Raymond y Pierre Janet han dividido las abulias en primitivas, secundarias y periódicas. Estos autores especifican también que este síntoma puede ser la única ó la primera perturbación mental presentada por el enfermo ó puede suceder á un delirio, á una emoción, á una obsesión, á una idea fija y por último, puede aparecer en ciertos intervalos recordando por su aparición periódica la locura.

Para llegar á conocer los tipos abúlicos y objetivar en cierta manera la abulia, es necesario tener en cuenta el esquema fisiológico de la volición, recorriendo las distintas etapas en las cuales interviene la voluntad, y por último averiguar si subsisten las voliciones, si se les sustrae en cierta manera su parte de voluntad. Como la excitación causal y la percepción de dicha excitación no dependen de la voluntad, permanecerán intactas en todos los cuadros de abulia. La primera alteración, en la que puede descubrirse la intervención de la voluntad es en el estado de asociación que lo hallamos á continuación de la percepción. Esta asociación está presidida por una facultad especial que orienta las combinaciones en el sentido que lo desea.

Algunos patólogos explican esa intervención por condiciones fisiológicas especiales que dirigen realmente los procesos de asociación en el sentido de la menor resistencia. Un tipo de abulia estaría caracterizado según Dallemagne, por la supresión de esa resultante fisiológica que haría efectiva la determinación. En tal caso el sujeto, después de percibida la excitación, desearía ejecutar un acto; esto traería como consecuencia un trabajo central, pero como aquí interviene la voluntad, no llega á una determinación y si llegara sería una determinación que no alcanzaría una evolución ulterior. La insuficiencia de la excitación ó la debilidad de la percepción y de los procesos de asociación pueden ocasionar esta impotencia.

Cuando nace la determinación entra la voluntad en acción, ejerciendo su acción por vez primera durante la percepción. Interviene la voluntad para elegir los medios necesarios á la determinación y ejecutar los planes concebidos. Ciertas voliciones complejas permiten disociar este fenómeno de la doble intervención de la voluntad, aun cuando á primera vista se presenta como único.

Siendo la intervención doble puede presentarnos dos cuadros de abulias. En uno de ellos, aunque el enfermo tiene conciencia de la necesidad de la determinación no se llega á la ejecución por falta de energía para querer los medios de realización. Mientras que en el segundo los medios serían deseados, pero la esteriorización implica resistencia, la voluntad es incapaz de vencerla. En el primero no se quieren y por lo tanto no se hallan los medios de ejecución, en el segundo no hay suficiente energía para su realización. Sin embargo debemos abandonar estos cuadros que no tienen sino un valor relativo, para observar los tipos que la naturaleza nos ofrece en la vida diaria y que muchas veces no pueden encuadrar en los esquemas teóricamente concebidos.

En primer lugar quiero bosquejar las distintas formas y grados con que la abulia se presenta en el estudiante. La forma más grave es esa atonía, esa languidez que se manifiesta en todas las acciones. El escolar duerme muchas horas al cabo de las cuales se levanta adormecido, embotado, pierde en su toilette un tiempo considerable. No se siente dispuesto á nada, no tiene gusto por ningún trabajo, hace todo fríamente, débilmente. En su rostro se notan los signos de la pereza y se lee la languidez; su aire es vago y á la vez procurado, carece de vigor y precisión en los movimientos. Después de haber perdido la mayor parte de la mañana, lee los diarios, hasta

los avisos, puesto que esto no le exige ningún esfuerzo. Recobra muchas veces un poco de vigor, á la tarde, pero este vigor lo derrocha en conversaciones, en discusiones estériles y algunas veces en denigrar á políticos, literatos, profesores, todos reciben su parte en la crítica. Por la noche se encuentra un poco más agriado que á la mañana, porque esta atonía que acompaña al trabajo, acompaña también la mayor parte del tiempo al placer; «ningún placer se alcanza sin pena, toda dicha supone algún esfuerzo». Por esta razón son rechazados los placeres activos que exigen una iniciación como leer un libro, visitar un museo, dar un paseo por el bosque.

Los abúlicos dejan escapar los placeres antes de cerrar la mano. San Gerónimo al ocuparse de la voluntad compara á los individuos que carecen de ella, con esos soldaditos de lata que tienen la espada al hombro sin tocarla jamás. Sin embargo, la abulia en su primer grado, si así podemos llamarla en sus comienzos, no impide instantes de energía á intervalos.

Lo que repugna á los pueblos civilizados no son los esfuerzos violentos, es el trabajo regularizado, continuo que al fin de cuentas consume una cantidad de energía superior. Un gasto débil pero constante acaba por consumir tanto como grandes esfuerzos seguidos de largos reposos. Ciertos abúlicos pueden soportar perfectamente la guerra que exige esfuerzos violentos, momentáneos, seguidos de largos períodos de inacción. Los árabes conquistaron un vasto imperio, no lo han conservado porque les ha faltado la constancia de los esfuerzos que organizan la administración de un país creando rutas fundamentales, fundando escuelas, estableciendo industrias.

Del mismo modo los estudiantes atacados de abulia, hacen al aproximarse los exámenes un gran esfuerzo pero no consiguen jamás hacer esfuerzos moderados pero reiterados durante meses y años. Pero en el esfuerzo continuo y moderado reside la energía real y fecunda de todo trabajo, y todo trabajo que se aparte de este tipo revela un grado de abulia, puesto que un trabajo continuo implica continuidad de dirección y la energía de la voluntad que se traduce, no por los esfuerzos múltiples, sino por la orientación hacia un mismo fin de todas las potencias del espíritu.

Hay otro tipo de abúlico muy frecuente. Muchas veces admiramos entre nuestros compañeros ó amigos, el poder para el trabajo de alguno de ellos, la variedad de sus ocupaciones. Sin embargo podríamos calificarlos de abúlicos.

No permanece inactivo un instante; tan pronto escribe un artículo lee los diarios, traza un plan de disertación, traduce algunas páginas, estudia un tema cualquiera. El psicólogo debe encontrar en este individuo, por la multiplicidad de sus trabajos, el índice de una atención espontánea de cierta riqueza pero que no se ha convertido aún en atención voluntaria. Esta pretendida potencia de trabajo variado no atestigua sino una gran debilidad de voluntad. Entre los estudiantes podemos encontrar á menudo este tipo abúlico, que ha llamado Sollier *tipo disipado*. Este paseo del espíritu es sin duda agradable pero no es sino un paseo de placer. Nicole los llama *espíritu de mosca*, puesto que no hacen más que ir de acá para allá

sin provecho alguno. Son, recordando la bella imagen de Fenelón como una bujía encendida en un lugar expuesto á todos los vientos.

El verdadero trabajo intelectual implica una orientación de todos los esfuerzos en una dirección única y la disipación presenta el grave inconveniente de que ninguna impresión dura un tiempo dado.

Por esto la creación de una obra que importa un gran esfuerzo, puesto que en ellas van unidas las dos formas superiores de la labor intelectual, desagrada á la mayor parte de los alumnos. Pero cualquiera que sea la forma mórbida sobre la cual se injerte, la abulia conserva su característica: el *yo quiero* no llega jamás á transformarse en una determinación activa y aquí recordaré el caso citado por Esquirol. Dice el enfermo: « Vuestros consejos son muy buenos, quisiera seguirlos, estoy convencido, pero haced que yo pueda querer, con ese querer que determina y ejecuta. Es cierto que no tengo voluntad para no querer, puesto que tengo toda mi razón, pero la fuerza me abandona cuando quiero obrar ». El mismo cuadro puede establecerse en los melancólicos, la misma sensación de impotencia, la misma indecisión, la misma irresolución, con un dolor moral considerable en estos últimos.

En cuanto á la atención, creo haberlo dicho anteriormente, en la abulia se halla atacada en sus dos formas: espontánea y voluntaria. La falta de decisión, de volición, mantiene al individuo en la posición en que se encuentra y de la cual debía salir si aceptara una solución entre las que se presentan á su espíritu debido á que su atención pasa de una á otra sin detenerse un solo instante en una determinada. Está en la irresolución porque no puede determinarse en presencia de la multiplicidad de los factores y de las consecuencias que entreeve y porque no osa hacer una elección entre los argumentos dichos en pró y en contra.

Este género de enfermedades de voluntad debilitada, pero de inteligencia suficientemente fuerte constituye la categoría de los escépticos. Si su afección es muy caracterizada se dicen que están atacados de la *locura de la duda*, pero entran en este síndrome otros elementos que la relacionan más con las obsesiones.

La hiperbulia mórbida es la obstinación de la resistencia voluntaria á actos que parecería lógico ver ejecutar al enfermo si no estuviera en estado patológico. Este síntoma es una forma de hiperrestenia. Se le designa también con el nombre de *negativismo* que no debe confundirse con las ideas de negación. El negativismo es la oposición sistemática, la hipervolición de no querer lo que quieren los otros. Se presenta sobre todo en la forma de demencia precoz, llamada catatónica.

El *negativista* rehusa extender los brazos si los tiene encogidos, alzarlos si los tiene bajos, responder á preguntas que se le dirigen, comer, levantarse. Si valiéndose de la fuerza se le introducen los alimentos en la boca, rehusa tragar, y todo esto no es causa de una falta de comprensión y sí de una mentalidad bien determinada, pero dirigida por ideas absurdas ó delirantes. Es fácil muchas veces penetrar las causas que obrando sobre la voluntad no permiten la ejecución de los actos. Régis cita el caso de una

mujer que rehusaba obstinadamente tender la mano á los médicos del hospital, aún cuando consentía en ejecutar todos los demás actos que se le ordenaban.

Según la explicación que la enferma dió del por qué de esta manera de proceder, parece que derivaba lógicamente de su delirio. Se creía en medio de salteadores conjurados en su perdición y esta concepción delirante, infantil, basta para explicar una resistencia parcial en medio de su pasividad general. El individuo cuya voluntad está debilitada (hipobúlico) puede ser susceptible de aceptar el querer de los demás y esta plasticidad mental por una conciencia muy rara se encuentra igualmente en los hiperbúlicos atacados de negativismo, es decir, de la perturbación inversa. La voluntad llega á su máximum de debilitamiento en los idiotas; podemos decir que los idiotas de tercer grado no tienen voliciones.

Griesinger, dice que en el idiota profundo los efectos y las determinaciones son instintivas y provocados sobre todo por la necesidad del alimento, á menudo tienen el carácter de acciones reflejas de las cuales apenas tiene conciencia el individuo. Ciertas ideas simples pueden provocar esfuerzos y movimientos, como por ejemplo: jugar con pedacitos de papel. En los idiotas de tercer grado, la única cosa que parece poner el espíritu en movimiento, es el deseo de comer. Los idiotas más profundos no manifiestan esta necesidad sino por agitación y gruñidos; cuando la degeneración es menos profunda mueven un poco los labios y las manos ó bien lloran. De esta manera indican que quieren comer. En el idiota ligero, el fondo del carácter es la inconstancia, la obtusidad del sentimiento y la debilidad de la voluntad. Esta última bajo la forma más simple se manifiesta por movimientos realizados para satisfacer las necesidades naturales, los apetitos, los deseos. Es necesario entonces que el individuo tenga conciencia de sus necesidades y experimente una sensación como la del hambre, indispensable para la conservación del individuo. En efecto, la necesidad fundamental sobrevive al hundimiento de todas las otras y al aniquilamiento de la inteligencia.

En los idiotas de tercer grado no se puede constatar ningún rasgo de movimiento voluntario propiamente dicho ni bosquejado siquiera, como sería el de dirigir la mano hacia el alimento que se le presenta. Los movimientos que ejecuta son puramente reflejos idénticos á los que se pueden obtener sobre una rana á la cual se le ha amputado la cabeza. *El idiota en este grado es un ser espinal* como lo es el niño recién nacido.

Vemos pues que aún cuando en realidad la abulia completa no existe, pues ella supondría la supresión de la vida; el grado más elevado caracteriza á los idiotas profundos.

En el idiotismo de segundo grado los enfermos tienen conciencia del hambre y comprenden que el alimento los apacigua.

Los movimientos automáticos que los acometen ordinariamente, cesan cuando ven el alimento y tratan de apoderarse de él por movimientos más ó menos coordinados. Es el primer bosquejo de movimiento voluntario y tal vez el único. En un grado menos avanzado del idiotismo, la voluntad se manifiesta por movimientos más

complejos, pero capaces de convertirse en automáticos. Tal cosa sucede con la marcha. Esta antes de ser refleja, como en el individuo normalmente desenvuelto, les exige un esfuerzo del cual son incapaces muchos idiotas ó al menos se hace posible después de mucho tiempo. Se constata en la mayoría de los casos un hecho que comprueba esta observación y es que los idiotas empiezan á caminar á los tres ó cuatro años, y aún tardan cinco algunas veces.

El sumum de la manifestación de la voluntad, que, como sabemos se encuentra en la atención voluntaria, no la hallamos en los idiotas. Hay otras clases de abulias, no menos interesantes, las abulias que podríamos llamar sociales. Existen una serie de actos, frecuentemente suprimidos, actos sociales que deben realizarse delante de algunas personas. Otras veces ellos implican en su concepción la representación de algunos de nuestros semejantes. Esta importancia de obrar antes los hombres, esta abulia social constituye lo esencial en la timidez.

La timidez, dice Dugas, perturba los movimientos voluntarios, paraliza la voluntad. Ataca á menudo los movimientos ordenados, respetando los movimientos instintivos y recuerda la abulia. Lapie, en su lógica de la voluntad, llama también á la timidez, abulia atenuada. Hartemberg, en su interesante estudio sobre los tímidos, insiste sobre todo sobre en el aspecto emotivo que toma el fenómeno de la timidez, pero nota bien esta supresión de actos que llama abstención. «Evitar las ocasiones de mostrarse, he aquí el cuidado del tímido; como estas ocasiones consisten en contactos sociales, existe una tendencia á buscar el aislamiento, hay en ellos una inhibición que paraliza momentáneamente la voluntad, que retiene la palabra en los labios, que les impide rehusar ó aceptar, que les impide demostrar sentimientos de reconocimiento ó de ternura. Esta inhibición, ó mejor dicho, esta desaparición del acto voluntario, en presencia de los hombres, juega un rol importantísimo en casi todos los enfermos psicasténicos. Bien puede ser también que en un momento de su existencia y algunas veces durante toda su vida no hayan sido impotentes por la timidez. He conocido un caso de esta timidez:

«Independientemente de mi familia, decía la enferma, es muy restringido el número de personas ante las cuales no me siento enferma. Delante de la mayoría me siento completamente paralizada, de tal manera que sería capaz de hacer una simple adición. Me veo obligada á ser mentirosa para ocultar mi impotencia ó buscar pretextos de haber perdido el lápiz, de buscar un cortáplumas para hacer la adición afuera, en un lugar oculto. Tengo el sentimiento de que si confieso esta impotencia estoy perdida y no arribaré á nada».

Como este caso encontramos muchos, sino tan acentuados que se manifiestan en pequeñas impotencias, no poder tocar el piano delante de personas extrañas, no poder trabajar si se le mira, no poder caminar en un salón y sobre todo no poder hablar delante de cualquiera, tener la voz ronca, aguda ó sentirse afónica, no encontrar un solo pensamiento para expresarlo.

Cuando yo quiero tocar un trozo en el piano delante de alguien dice Nadia (citada por Dugas) y hasta delante de las personas que conozco mucho, me parece la acción difícil, me siento incómoda para ejecutar y si quiero vencer esta impotencia, hago un esfuerzo extraordinario, siento calor en la cabeza, estoy perdida, desearía que la tierra me tragase.

Un profesor de 30 años (caso citado por Hartemberg), decía: Yo no daré tan bien la clase como si la dictara solo, sin alumnos y sin director.

«Otro individuo que no puede escribir ante un público ni una cifra puede llevar la contabilidad en el entresuelo de un negocio». Todos repiten como Simón: «Yo sería perfecto, yo haría todo si pudiera estar solo como un salvaje, en una isla desierta, la sociedad parece hecha para impedir la acción á las personas, tengo voluntad para todo, pero no la tengo sino cuando estoy solo.» Se admite de ordinario que estas perturbaciones de la timidez son fenómenos emocionales. Es cierto que en los tímidos hay perturbaciones emocionales, pero existe en ellos también la impotencia voluntaria. Hasta Hartemberg, que explica todo por la emoción, lo hace notar á propósito de Amiel: «la falta de fe simple, la indecisión por desconfianza de sí mismo entrega todo á lo que concierne á mi vida personal. Temo á la vida objetiva y retrocedo ante toda sorpresa, pregunta ó promesa que se me haga. Tengo el terror de la acción y no me siento contento sino en la vida unipersonal desinteresada, subjetiva del pensamiento. ¿Por qué será? Por timidez?» y Hartemberg agrega, quiere decir que en el momento de realizar un acto se detiene por una emoción punzante que lo paraliza. No, lo que él designa por timidez es el terror instintivo de obrar, el temor de tomar una determinación con las consecuencias útiles que encierra. A esta enfermedad de la voluntad llama él timidez.

¿Cómo se explica el caso del perfeccionamiento y el citado por Hartemberg? El acto de dar una clase imaginaria sin alumnos y el de dar una clase real delante de los alumnos no es el mismo acto. El segundo es más complejo, encierra otro enunciado de las mismas ideas, percepciones, atención compleja á objetos variables, adaptaciones numerosas, situaciones nuevas que transforman completamente la acción.

He aquí la explicación del por qué un abúlico realiza bien el primer acto, pero el segundo le ofrece dificultad porque el último es el más difícil. Sucede así en todos los actos sociales porque no hay nada más complejo para los hombres que las relaciones con los hombres. Todos los caracteres de la timidez y de sus relaciones sociales dependen en el fondo de la abulia fundamental; la disminución ó desaparición de los actos sociales que se manifiestan en la timidez es uno de los fenómenos esenciales de la abulia.

BERTILDA AYARRAGARAY.